



Isba, casa de paisano ruso.

EL VOLGA,

POR M. MOYNET.

1858.

Despedida de Moscou.—Marcha en télega.—Receta para economizar azúcar.—Es preciso ayudarse mutuamente.—Troitzza.—Monges.—Soldados.—Una tumba decapitada.—Lo que los rusos entienden por caminos.—Hospitalidad forzosa.—El pativo.—Descripción de una aldea rusa.—La administracion.—La isba: su construcción y mueblaje.—Traje de los hombres y de las mujeres.—Una aldea libre.

Dos meses de permanencia nos habian permitido visitar y estudiar los monumentos, los museos, los monasterios y los mercados de Moscou; pero esta vasta y hermosa ciudad se civiliza, su fisonomía rusa desaparece por momentos, y las costumbres cosmopolitas de la clase rica, el comercio y la industria tienden á hacer que todo se parezca á lo que se ve en las grandes capitales de Europa. Empezábamos, pues, á experimentar un vivo deseo de novedades, y un día en que la monotonía repetición de escenas tantas veces vistas por nosotros, nos hastiaba algo más que de costumbre, anunciamos á los amigos nuestra próxima partida. Habíamos resuelto marchar á Kalaisine, para mejor estudiar el Volga, que habíamos entrevisto en Tver.

El camino de hierro nos habia llevado de San Petersburgo á Moscou, pero no podíamos ya contar con este fácil medio de recorrer el país, ni pensar en un viaje cómodo en sillas de posta ó diligencias, porque al alejarse de las tres ó cuatro principales ciudades de Rusia, no hay sino caminos destruidos y deteriorados. He visto en el camino imperial de Moscou á

Smolensk crecer los árboles en medio del camino; se pasa de izquierda á derecha, la vía se ensancha sin cesar, y á nadie le ocurre que seria conveniente restablecer el antiguo camino, por lo menos á su primitivo estado.

No habia elección para nosotros: éranos preciso optar entre la télega y la tarantasa.

Estos dos coches, de uso general en Rusia, y cuyo solo recuerdo hace crispár los nervios de los infelices viajeros, son aun para los rusos de raza pura el bello ideal de la comodidad y la elegancia.

La tarantasa, especialmente, especie de pequeño aposento montado sobre ruedas ó sobre un trineo, según la estación, y sin resortes de ningún género, goza del favor universal. El viajero indígena amontona en ella con placer su familia, sus almohadones, sus abrigos, su aparato para hacer el té, y sus demás enseres domésticos.

Nosotros, que deseábamos ver el país y dibujar algo, dimos la preferencia á la télega, especie de barco-carreta al aire libre, montada sobre unos ejes también sin resortes, y que solo tiene por asientos una tabla en la delantera, puso en la posterior se colocan los bagajes.

Pero en los últimos momentos, mi compañero, menos amante que yo de lo pintoresco, se decidió á partir en mejor vehículo con una familia rusa que se trasladaba á sus posesiones, y que con gran gasto

habia hecho disponer paradas para su viaje, debiendo reunírseme en Apertivo.

Quedé, pues, solo con mi intérprete Kalino, estudiante de la universidad de Moscou.

El tiempo era magnífico, y nos encaminamos á Troitzza, uno de los monasterios más célebres de Rusia.

Al llegar á 6 verstas de Moscou se rompió nuestra télega y caímos con bastante suavidad en el camino. Algunos peregrinos que también iban á Troitzza, nos ayudaron á levantar nuestro vehículo, y después de arreglarlo como mejor pudimos, lo llevamos hasta un grupo de casas donde encontramos un hombre capaz de repararlo en debida forma.

Entramos luego en una posada donde descansaban muchos peregrinos, cada uno de los cuales bebía en algunos minutos doce ó quince tazas de té, después de introducirse en la boca dos microscópicos terrones de azúcar. Mis vecinos, una vez vacía cada taza, retiraban de su boca los restos del azúcar y los ponían á su lado sobre el sucio tapiz que les servía de mantel, para volver á tomarlos cuando de nuevo bebían; lo cual, como se ve, es el colmo de la economía.

Salimos para dar un paseo mientras nuestra télega se restauraba, esperando hallar en las inmediaciones asuntos de que poder sacar dibujos.

Apenas habíamos andado 100 pasos, vimos á un monge tendido y agitándose en el polvo; corrimos hácia él creyéndole enfermo ó herido, pero el desgraciado se hallaba completamente ebrio, y nos costó bastante trabajo levantarlo. Kalino llamó á dos paisanos para que nos ayudaran á llevarlo; al llegar á la posada los que en ella se encontraban lo tendieron sobre un banco con todos los cuidados y todo el respeto que el paisano ruso profesa siempre á los sacerdotes y monges. Kalino me dijo que lo que en otros países seria un motivo de escándalo y disgusto, escrita en Rusia una tierna compasión hácia una debilidad común á todos los hombres. Y en efecto, ¿cómo no deplorar males que pueden sufrirse todos los días?

Al fin nuestra télega estaba corriente, y de nuevo nos pusimos en camino, llegando aquella noche á Troitzza.

En la alcoba de la posada vimos una litografía que representaba un sitio sostenido durante diez y seis meses por los monges contra los polacos, quienes (según las líneas escritas al pie) no pudieron tomar el convento, ni por fuerza ni por traición (1609).

Los monges combatieron valerosamente al lado de la guarnición, y después de levantado el sitio vendieron parte de sus vasos de oro y de sus ornamentos sagrados para pagar generosamente á las tropas que habían compartido sus peligros con ellos.

En 1615 el mismo convento tuvo que defenderse

de un nuevo sitio, y aquellos belicosos menges lograron poner otra vez en fuga á los sitiadores.

Al día siguiente visitamos el monasterio, cuyas numerosas cúpulas estaban doradas ó pintadas de azul, y salpicadas de estrellas de oro. Ocupa una vasta extensión de terreno, y su conjunto presenta un aspecto grandioso.

La principal iglesia de Troitzza (la Trinidad), está adornada de antiguos frescos bastante notables, y en ella se ve el sepulcro de San Sergio, mausoleo de oro y plata macizos con incrustaciones de piedras preciosas, y á cuya espalda se ostenta un águila enorme de madera dorada, rodeada de adornos propios del gusto del siglo XVII. Esta escultura, bastante parecida á un templete, sirve para señalar el sitio en que Natalia Narichkin salvó la vida al czar Pedro el Grande, á la sazón de once años de edad, y á quien los strelitz persiguieron hasta el pie de la imagen de San Sergio. La emperatriz, teniendo al niño en brazos y cubriéndolo con su cuerpo, hizo titubear á aquellos hombres furiosos, dando así tiempo á sus libertadores para penetrar en la iglesia.

Pedro el Grande profesó siempre gran veneración á la imagen de San Sergio, y la hacia conducir delante de él en las circunstancias críticas de su vida.

Cerca de una hora pasamos en el Tesoro, uno de los más ricos de Rusia, y quizá de todo el mundo. Mucho tiempo seria menester para describir las reliquias, los ornamentos guarnecidos de piedras preciosas, los vasos, mitras, copones, cálices, cruces, etc., que allí se conservan.

Recorrimos las demás iglesias, las dependencias del convento, y entre otras un taller de pintura y de litografía religiosas. Las pinturas de Troitzza pertenecen en su totalidad al arte bizantino; las litografías son de mediano mérito, y abundan extraordinariamente en Rusia.

La noche vino á poner fin á esta agradable, pero muy incompleta visita.

Una curiosidad nos describieron que pocas veces se espone al público, porque se relaciona con la política: la sepultura del conde de Lapukin, que, después de haber conspirado contra Pedro el Grande, tuvo la buena suerte de sustraerse al suplicio que sufrieron sus cómplices Alejandro Kikin, el obispo Rostow, Poustinoi, y Glebof. Murió escondido; pero la venganza del czar fue á buscarle al cementerio de Troitzza, y no habiendo podido decapitarlo en vida, mandó decapitar su tumba.

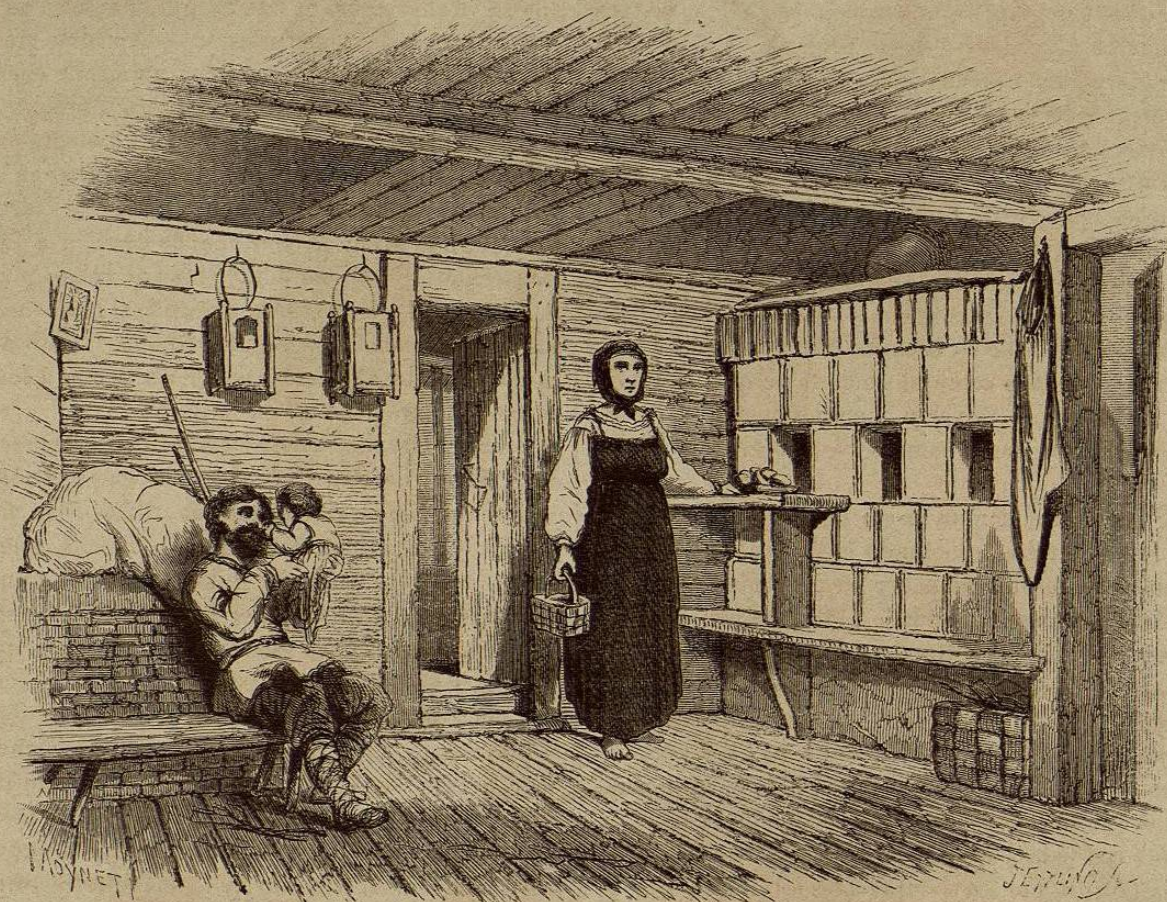
A la puerta del convento álzase una inmensa hospedería construida por disposición de los monges para uso de los peregrinos, y cuya explotación forma una importante parte de sus rentas. Conviene añadir que aquellos monges mantienen gratuitamente á un centenar de mendigos.

Partimos al día siguiente.

En el camino... ¡ah! no lo hay desde Troitza en adelante. Nos encontramos entonces en plena Rusia, corriéndose gran peligro de magullarse mas de una vez la cabeza, á no ser uno de esos elevados personajes que tienen el derecho de hacer una requisición de todos los siervos para que les improvisen un mediano camino. Nuestro *hienchick*, hombre prudente,

puso su hacha en la télega: medida no solo útil, sino indispensable.

¿Cómo el gobierno, preguntará tal vez el lector, no atiende mas á la conservacion y construccion de los caminos? No tiene el gobierno la culpa de lo que en esto ocurre; él mismo es víctima de esta detestable viabilidad, y sufre sus consecuencias en la difícil circulacion de sus correos, sus empleados y tropas.



Interior de un isba.

El gobierno invierte mucho dinero, envia ingenieros y directores de los trabajos; pero por un fenómeno prodigioso bajo el punto de vista de la metalurgia, la plata que sale de San Petersburgo perfectamente acuñada, con el volumen y el peso reglamentarios, cuando llega á su destino, despues de pasar de mano en mano, ha perdido un 99 por 100 de su peso, y á veces mas. Solo la administracion rusa conoce el secreto de tan singular reduccion. Háblase mucho de reformas, pero nunca llegan. Mil veces hemos oido decir: «Podria hacerse este camino de plata, si se reunieran todas las sumas que se han remitido para hacerlo de piedra.»

De tumbo en tumbo llegamos al fin al lago de Peroslaw, balsa de agua dulce que tiene la estraña pro-

piedad de recibir dos veces al año, multitud de sardinas en el momento mismo en que pasan por las costas del Océano.

Consérvase en Peroslaw una antigua barca llamada la madre de la escuadra rusa: es la embarcacion que Pedro el Grande hizo construir por unos holandeses, y le sirvió para aprender las maniobras navales.

En la orilla del citado lago se halla un modesto monumento de ladrillo, de forma bastante original, en cuyo centro descuella un Cristo enorme.

Era de noche cuando perdimos de vista el pueblo de Peroslaw, y no tardamos en estraviarnos; pero mi intérprete Kalino nunca perdía su serenidad, y presumiendo que habria *isbas* en las inmediaciones, hizo



El monasterio de las señoritas en Moscou.

detener la télega á la puerta de una de ellas. Sin tomarse la molestia de pedir hospitalidad, se posesionó del único aposento de la casa, y hombres y mujeres se apresuraron á abandonarlo.

Al día siguiente aquellas pobres gentes se arrojaron á mis pies, porque les pagué la hospitalidad poco voluntaria que me habian dado. El paisano ruso está tan acostumbrado á ser siempre juguete de la arbitrariedad por parte de todos los que le son superiores, que la idea de pagar un servicio le parece una increíble inspiración de generosidad. El viajero que cumple este trivial deber, es evidentemente á sus ojos un príncipe, ó por lo menos un gran señor disfrazado.

En realidad, príncipes y señores pagan espontáneamente; pero si hay un intermediario encargado de ser generoso en su nombre, las monedas se detienen en el camino y pasan á un bolsillo mas digno. Por esta razón el pobre paisano prefiere habérselas con un general ó con un noble, por exigentes que sean, á entenderse con los administradores ó con los oficiales subalternos, quienes en nada piensan menos que en atraerse su gratitud.

A la mañana siguiente llegamos á Elpativo, población de muy agradable aspecto, donde nos proponíamos pasar algunos días antes de nuestra definitiva partida para el Sur de Rusia.

Visitar una aldea rusa no es negocio largo, puesto que por lo regular se reduce á una sola calle, rodeada de isbas de madera, mas ó menos adornadas, segun el gusto ó la fortuna de los propietarios. Casi todas las casas son iguales, sin mas variedad que una iglesia, cuando la aldea tiene alguna importancia, una oficina destinada al intendente, y algunos almacenes de trigo que deben siempre contener una cantidad suficiente para dos años, para el caso de una pérdida de cosecha, y se hallan bajo la vigilancia de las autoridades locales. Las anteriores cosechas se entregan al consumo á medida que las nuevas las reemplazan; así, pues, los siervos ó paisanos tienen asegurada la subsistencia, aun cuando los años sean malos. El señor no tiene el derecho de tocar estas reservas, y solo puede vender lo que ha sido recolectado para él. El *starosta* tiene á su cargo el almacenamiento de los granos y su distribución entre los paisanos. Este funcionario, elegido por los siervos entre ellos mismos, defiende sus intereses, de los que es responsable.

Los siervos nombran por lo regular por *starosta* á un paisano rico y capaz de defenderlos en caso necesario contra el administrador del señor.

En las aldeas del interior de Rusia que mantienen poca comunicacion con las ciudades, los paisanos no tienen idea de una suerte mejor que la suya, y han adquirido tal hábito de sumision, que casi se asustan

al pensar que pudieran carecer de dueño; por lo cual temen mucho, segun se dice, al ukase imperial destinado á emanciparlos.

He visto algunos de esos desgraciados que desempeñaban el oficio de criados en casa de su señor, á quienes se hacia volver inmediatamente á su deber, cuando lo olvidaban, sin mas que la simple amenaza de darles la libertad. Sabido es que lo mismo ha sucedido algunas veces entre los esclavos negros, y que ha habido presos que se han acostumbrado tanto á su calabozo, que no querian abandonarlo.

Cuando un señor, ó por mejor decir, su administrador (porque aquel pocas veces está en sus posesiones), se cree con motivo de queja contra un siervo, conduce á éste á su despacho y allí se le vapulea con varas, pues solo la policía tiene el derecho de aplicarle el *kut*. Otro castigo se impone tambien cuando no bastan las penas corporales: por mandato del señor se alista en el ejército al culpable, y desde aquel momento no se oye hablar mas de él, pues la duración del servicio militar es de treinta y cinco años.

El paisano cuya isba ha sido incendiada, ó el que al casarse funda una nueva familia, pide y obtiene el permiso de tomar en los bosques del señor los abetos necesarios para construir una casa.

Esta construccion, que el paisano hace por sí mismo y casi sin mas útiles que su hacha, es casi siempre un trabajo notable, y algunas veces hasta elegante. Los troncos de abetos se levantan únicamente á ambos lados, se colocan unos sobre otros, y las estremidades se ajustan convenientemente. Estas paredes de madera, en las que la estopa reemplaza á la argamasa, son impenetrables al rigoroso frio del pais. Sobre la fachada hay, formando un cuerpo saliente, dos grandes corredores ordinarios, adornados y esculpados, que se cortan en forma de cruz en la parte alta. Esta ornamentacion, de un efecto original, ostenta por lo regular alguna pintura.

La única parte de la casa en que entra la piedra es una estufa gigantesca que se mantiene encendida durante todo el invierno, y en la que el paisano toma una especie de baño de vapor metiéndose en ella enteramente vestido.

El paisano ruso se desnuda pocas veces. Su *tulupa*, vestido hecho de piel de carnero forrada con su lana, no le abandona sino cuando se convierte en girones.

El mueblaje de la isba se compone de bancos que dan vuelta á la habitacion, y sirven á toda la familia de cama, mueble desconocido. En invierno se tiene la parte superior de la estufa por alcoba. Del techo penden las provisiones, las velas, el tocino, etc.; objetos que en unos aposentos cuyas ventanas son dobles y solo se abren en verano, forman una atmósfera harto desagradable.

La imágen de la Virgen adorna siempre uno de los ángulos de cada pieza de la casa.

Los utensilios domésticos y del respectivo oficio, los hijos y los animales caseros se mezclan allí en completo desorden, pues la limpieza no es todavía una virtud rusa. Si Pedro el Grande, que tanto hizo para introducir las costumbres holandesas en su pais, resucitara hoy en el suyo, veria que sus recuerdos de la Neerlandia no están allí en vigor.

Esta suciedad y la afición excesiva al aguardiente son las cosas porque mas puede acriminarse al paisano ruso, que por lo demás es inteligente, valiente y afable. El viajero siempre es benévolutamente acogido en su casa, y á imitación de los pobres de todos los paises, comparte de buen grado lo poco que tiene con los que necesitan sus auxilios.

Las piezas importantes de su vestido son una camisa de algodón, por lo comun encarnada, que cae sobre unos pantalones anchos que entran en unas botas muy fuertes; una tulupa que lo cubre todo, y un sombrero de copa baja con ala ancha y encorvada. En las inmediaciones de Moscou el sombrero es puntiagudo y casi no tiene ala.

Las mujeres usan botas como los hombres; llevan un chal ó una pañoleta sobre la cabeza y los hombros, y la indispensable tulupa: conjunto que nada tiene de elegante. Pero en los días festivos, en el breve verano que reanima un poco aquellas regiones, los antiguos trajes rusos salen de sus cofres, y entonces brillan al sol las pañoletas, los delantales bordados de vivos colores, y hasta de oro y plata, y los peinados nacionales que varían, segun las diferentes provincias.

Aquel es el único tiempo en que se advierte en los semblantes un poco de alegría. El paisano ruso no conoce el bullicioso regocijo de los pueblos meridionales, y conserva siempre cierta gravedad hasta en sus placeres. Su baile es triste, y su canto es mas una melancólica salmodia que la espresion del júbilo. Nunca sus fiestas presentan esa animacion expansiva que reina en los Países-Bajos. La música es poco espresiva: un bandolin de mástil muy largo, una flauta doble, otro instrumento bastante original, compuesto de tres mazos de madera, cuyo centro pasa por un segmento de círculo de hierro y que se aproximan á intervalos desiguales: hé aquí toda la orquesta. A falta de verdadera música, los espectadores cantan marcando el compás con palmadas.

Pasamos algunos días en Elpativo. Grandes cacerías se organizaban en los bosques que rodean las tierras cultivadas, y en ellas tomaba parte toda la juventud de dicha población: aquello era una verdadera carnicería. La caza abunda extraordinariamente; perdices, gallos de matorral, liebres blancas y pardas caian en todas direcciones. En la época del año de

que hablamos, la liebre cambia de piel; la que tiene en invierno, mas gruesa que la anterior, es enteramente blanca.

Partimos al fin para el Volga, objeto de nuestra escursion, en una hermosa noche que iluminaba en el horizonte un gran cometa que brillaba cada vez mas á medida que avanzábamos al Nordeste; disipaba tambien la oscuridad el incendio de un bosque que brillaba á pocas verstas delante de nosotros; este accidente es muy comun en Rusia.

A la mañana siguiente llegamos á Troiski-Nerli, aldea libre, que deja adivinar lo que serán las demás poblaciones rusas cuando se hallen en iguales condiciones. Las casas son limpias y reina en ellas el buen orden. El *kabatk* á que llegamos tenia el aspecto de una habitacion holandesa, aunque es verdad que servia de comedor y de salon de baile. Un órgano de Berbería, que el dueño de la casa se apresuró á poner en movimiento, reemplazó los aires nacionales rusos las sonatas francesas; los habitantes de aquel venturoso pais no se contentan con la música indígena, y no les asusta un poco mas de entusiasmo, desde que son mas libres, y ¿quién sabe?... tal vez antes de cien años el pueblo ruso se reirá como los demás.

La emancipacion era el tema favorito de las conversaciones que teníamos con todos los que querian suministrarnos datos acerca del particular. Esta medida no era juzgada del mismo modo por las diferentes clases sociales.

La pequeña nobleza se opone á la reforma en cuestion, porque la arruinará ó la pondrá en el caso de buscar en el trabajo los recursos que le faltarán cuando los paisanos trabajen por su propia cuenta.

Las propiedades están divididas de tal manera que ciertos nobles solo poseen un corto número de siervos, á quienes abruman de trabajo para conservar las rentas necesarias al sosten de su rango; pero desde la publicacion del ukase imperial los paisanos se niegan á trabajar. Hemos visto una aldea que contiene cincuenta y seis familias, pertenecientes á siete propietarios, que están casi arruinados.

Los ricos propietarios acuden á cultivadores extranjeros, que al principio se contentaban con el alimento y un pequeño salario; mas adelante, la mano de obra subió á las nueve décimas partes; pero escaseando el dinero, fue forzoso abandonar ó vender; y siendo esto la ruina, los compradores faltan por completo.

Sabido es que la propiedad de un señor comprende un número mayor ó menor de poblaciones, con las tierras anejas á ellas, y por lo regular gran extension de bosques ó de estepas. Siendo la Rusia el pais menos poblado de Europa, con relacion á los demás Estados, es preciso muchas veces atravesar una extension de 100 verstas para ir de un lugar habitado á otro. El viajero encuentra aquí y allí un grupo de